



SUMARIO

Del uno al quince, por O. Rovellat y Prat.—*Peligros de la intransigencia*, por el Dr. Codina Castellví.—*Pe'ls morts* (poesía), por Javier Gambús.—*Al sol*, por Neófit.—*De la educación é instrucción de la mujer*, por Joaquín Batet.—*Flor de un día* (poesía), por Agustín Safón.—*Ceratonía*, por José M. de Lasarte.—*Miscelánea*.

DEL UNO AL QUINCE

A mediados de esta quincena, la voluntad del que algunos llaman, no sé si con sorna, pueblo soberano, eligió á los ciudadanos que, al empezar el próximo año 1904, han de entrar á renovar la mitad de los ayuntamientos españoles, y, si descontamos los muertos y heridos que con tan plausible motivo ha habido en Valencia, en Santander, Sueca, y no sé si en algún otro pueblo puede afirmarse, con seguridad de no apartarse mucho de la realidad, que la cosa marchó como una seda y á gusto de todos, pues si los republicanos se envanecen con el triunfo que alcanzaron en determinados pueblitos, no les faltan tampoco á los monárquicos razones para consolarse y aún hallan medio de aparecer como verdaderos triunfadores. Y es que, como corrientemente se dice, el que no se consuela es porque no quiere, y los republicanos, como los monárquicos, quieren consolarse y lo consiguen, ó hacen ver que lo consiguen.

Pero lo triste del caso es, que, á pesar del renombre alcanzado por esta sentencia, no todos tienen la misma fortuna que los que quieren á toda costa con-

servar el actual estado de cosas, y los que ansiosamente suspiran por un cambio de forma de gobierno. Tirios y troyanos, gente del orden y gente amiga de algaradas, blancos y rojos, dinásticos y revolucionarios, hallan medio de conformarse con su suerte y aún de alegrarse, pero tras ellos queda esa numerosa masa neutra digna de males mayores aún que los que sufre, como castigo justísimo á su pasividad; tras ellos queda sin consuelo, esa enorme falange de gentes menesterosas de pan para el cuerpo y de ciencia para su alma, desheredados del dinero y del saber, que inconscientemente acuden á las riñas de truanes políticos en busca de satisfacción para sus apremiantes necesidades; tras ellos quedamos tristes, muy tristes, los que aborrecemos la tradicional política de los partidos que aquí se estilan, los que no podemos transigir con esos partidos tan partidos, que, careciendo de ideales concretos y trascendentales para la heterogénea España, no tienen otro lazo de unión que el disfrute del poder, los que creemos que á los municipios solamente deben ir aquellas personas que han demostrado ser honrados, activos é inteligentes administradores, que si para administrar los bienes propios se necesita de esas tres virtudes, para administrar los bienes comunales son necesarias en grado superlativo la honradez, la actividad y la inteligencia.

Aquí, por lo que se vé, se piensa de manera muy distinta de esta, y por eso nos lamentamos y no acertamos á hallar término á nuestras lamentaciones, ante luchas tontas y ridículas como la de las últimas

elecciones municipales. Aquí, en nuestra desgraciada nación, hay quienes predicán seria y elocuentemente, que la salvación de los españoles estriba en que todos los municipios sean de este ó de este otro color político y, ¡parece mentira! aún hay inocentes que lo escuchan con calma y se dejan convencer. No se busca para el cargo de concejal al hombre apto, inteligente, que á una actividad sin límites reuna una honradez á toda prueba, sino al correligionario influyente dentro del partido, al que matan los deseos de figurar ó al que se muere por hacer felices á sus conciudadanos desde el sillón concejil y á copia de sonoros, elocuentes, declamatorios, vacíos y ridículos discursos. Si á la cualidad de correligionario reune las demás de honradez, actividad é inteligencia, tanto mejor, claro es; pero si no las reune, no hay que preocuparse por ello, porque un hombre cualquiera, por el mero hecho de ser correligionario, de profesar nuestras ideas políticas no puede ser malo. No parece sino al oír esos estúpidos que hacen depender nuestra felicidad de una candidatura de hombres, acaso muy respetables, pero á quienes se nos presenta sin otro mérito que el de pertenecer á determinado partido, que la monarquía y la república, son dos panaceas de tanta virtualidad que, por sí solas convierten en honrado al amigo de lo ageno, hacen activo al comodón y dormilón, transforman en sabio hecho y derecho á tanto tonto presumido como anda y presume por ahí sus gracias de cuerpo y sus dotes de político tribunicio y tribunable, y apurándolas un poquito, de la misma manera que evitan la miseria haciendo imposibles las crisis de trabajo conforme se vé todos los días, pueden curar radicalmente cualquier jaqueca ó cualquier dolor de muelas.

¿Y qué se puede hacer contra tales creencias? ¿Cómo hacer comprender que la política y la administración de un pueblo no tienen nada que ver una con otra? ¿Cómo convencer al pueblo de que puede ser un excelente administrador lo mismo aquel que se llama avanzado, que aquel señalado por retrógado? Muy difícil empresa me parece. Si se tratara de otro pueblo, no se necesitaría otra cosa que tomar mucha paciencia y esperar á que el tiempo y el esfuerzo de los hombres de buena voluntad pusiesen las cosas en su sitio. Pero con el pueblo español, mucho me temo que si con paciencia y con tiempo algo vemos caer, no será ciertamente la venda que cubre los ojos de los ilusos, sino la férrea mano de alguna nación amiga que nos enseñará á vivir dentro de la realidad y á que dejemos nuestra quijotesca idiosincracia para siempre.

En nuestra ciudad, doloroso es tenerlo que decir, las elecciones municipales, no se han apartado de ese carácter general que han revestido en lo restante de España. Los partidos políticos de la localidad,

acudieron á la batalla sin otra bandera que su filiación política. No presentaron más programa administrativo con el cual remendar, si reconstruir por completo no es posible, el crédito de nuestro municipio. No dijeron qué es lo que hay que hacer con ese odioso impuesto de consumos cuya recaudación alcanza cifras irrisorias. No señalaron los medios que hay que poner en práctica para hacer que Reus despierte de su letargo, y entre en un período de desarrollo y de engrandecimiento. No expusieron las economías que se podrían y se deberían hacer en nuestra desgraciada administración municipal, para pagar las cuantiosas deudas contraídas y para enjugar los exorbitantes déficits anuales. No; se limitaron á poner de manifiesto su color político, y con esto se tuvieron por suficientemente recomendados.

Y aún que parezca natural que ante tal conducta repitiera aquí mis conceptos de antes, no quiero hacerlo, porque quiero creer que los políticos de Reus, al confeccionar sus candidaturas, meditaron seriamente sobre la importancia de lo que entre manos traían, y escogieron para concejales á correligionarios suyos amantes de la prosperidad de nuestra ciudad querida, y poseedores de aquellas virtudes de honradez, inteligencia y actividad de que hablábamos al empezar. Si no lo hicieron así, el tiempo se cuidará de demostrarlo, y es de esperar que hallarán el merecido castigo por su modo de proceder, cuyo castigo les enseñará, cuán peligroso es atender más á la forma de las cosas que á su esencia íntima.

O. Rovellat y Prat

PELIGROS DE LA INTRANSIGENCIA

Hace tantos años que se habla de regeneración en nuestra desgraciada España, que no parece sino que la facultad de regenerarnos está casi agotada ó abollida.

Es indudable que influyen en mantenernos en este deplorable estado, gran número de causas, en las cuales descuellan en primer término y entre otras, la escasa tolerancia y el exceso de intransigencia.

En todas las esferas de la actividad humana, la intransigencia, representa la lucha y la tolerancia envuelve una idea de paz y de concordia.

No se puede negar que aquella lucha tiene un aspecto procreador y fecundo, que en gran número de ocasiones ha servido de acicate para el progreso y de poderoso móvil para la conquista de las más grandes y sublimes ideas que han beneficiado á la humanidad; en cambio, es necesario confesar que, aquella concordia, no solo puede ser estéril en ciertas ocasiones, sino que algunas veces es capaz de convertirse en el agente determinante de las más reprobables concupiscencias.